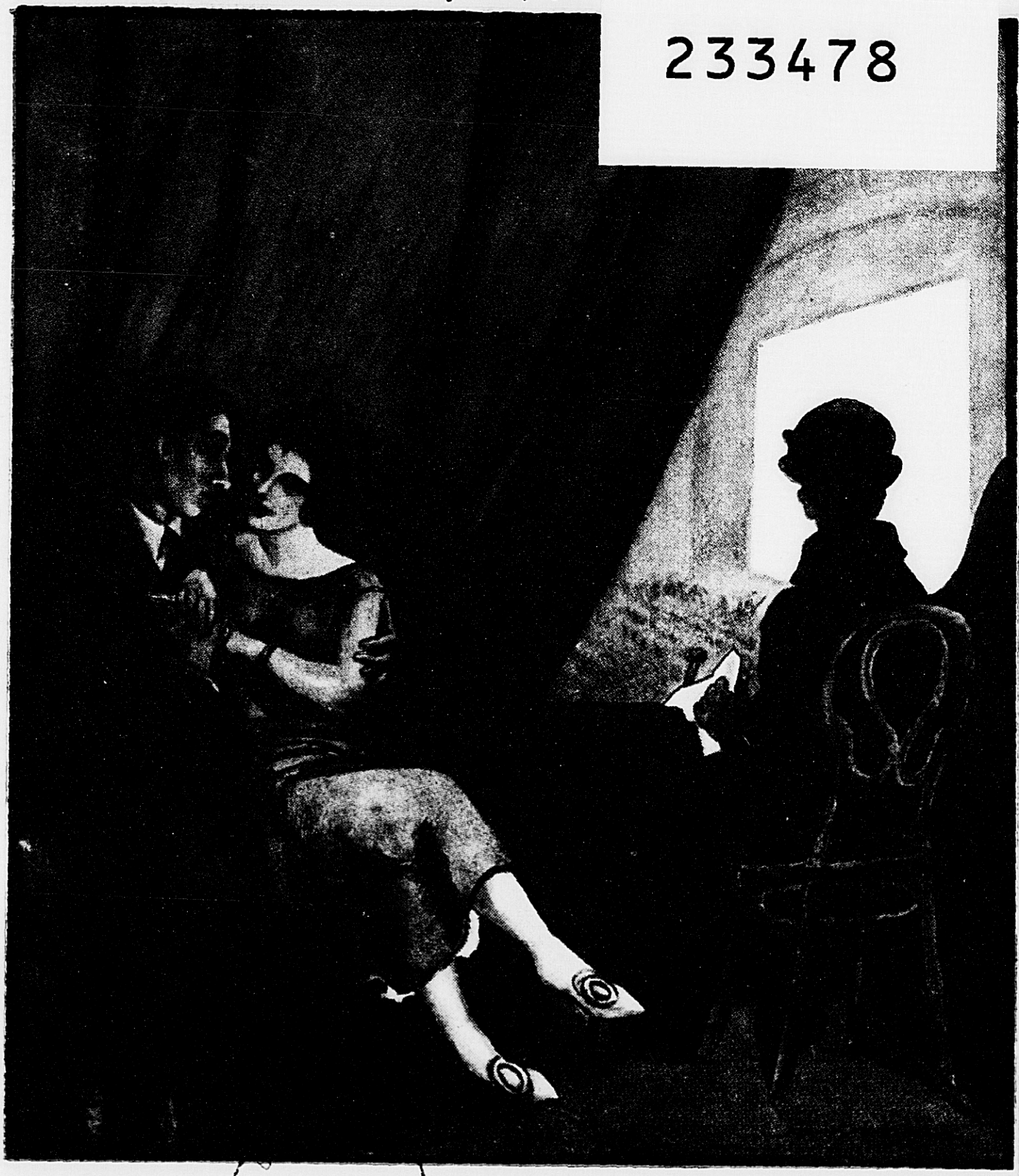
LA NOVELA D

Nº 48.

1

233478



MADRID

UNA CONQUISTA

Luis Rubio Hidalgo

1 pta.

1

233478

ROSA DE CARNE

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada por DEMETRIO

Precio: CINCO pesetas

BIBLIOTECA MADRID

EDITORIAL ATLANTIDA

MENDIZABAL, 42

MADRID

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

La procesión de los días, novela (3.ª edición).

"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).

Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).

El secreto de Barba Azul, novela (12.° millar).

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.

Silencio, novela (edición popular, 2 pesetas).

EN PREPARACION

Las siete columnas, novela.

Mendizábal, 42. - Madrid

R. 3222301

En la primera quincena de marzo se pone a la venta la magnífica novela del maestro de humoristas

W. Fernández Flórez

titulada

LAS SIETE COLUMNAS

5 pesetas ejemplar

Apresure su pedido a

Editorial Atlántida y Novela de Hoy

MENDIZÁBAL, 42. - MADRID

47/1504394

Acaba de publicarse

EL PAPA DEL MAR

La última y más interesante novela de Blasco Ibáñez. Portentosa evocación del papa Luna, El cisma, San Vicente Ferrer, La resistencia en Peníscola. Cinco pesetas en todas las librerias.

PEDIDOS A
EDITORIAL PROMETEO
VALENCIA

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año III Madrid, 15 de marzo de 1926 Núm. 48

Una conquista

Novela de

Luis Rubio Hidalgo

ILUSTRACIONES DE **SANCHA**

UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SAEZ HERMANOS
NORTE, 21.-TELÉFONO 17-65 J.
1926

EN NUESTRO PRÓXIMO
NÚMERO PUBLICAREMOS

Reliquia de odio

POR

Juan Ferragut

ILUSTRACIONES DE

ANITO TELLEZ

UNA CONQUISTA

PÁGINAS DE UN DIARIO

La casualidad—gran buscona forjadora de talentos y virtudes—ha puesto en nuestras manos el curioso relato de una historia de amor.

No se trata, naturalmente, de nada trascendental. No hay ya trascendencia alguna en estas cosas. Desde que el árbol de la ciencia cobijó en el Paraiso la primera aventura liviana de papá Adán y su distinguida esposa morganática, apenas se conoce nada nuevo en la materia. Sin otra variación que el precio, la estatura de ambos y el color de la

colcha, los episodios de la amable farsa vienen rodando, idénticos, por la pista de las edades, como rueda la cantarina linfa del arroyo por el surco milenario del barranco abrupto.

Esta preciosa imagen nos ahorra un puñado de explicaciones sobre tan arduo tema.

Así, pues, los que gustan de fuertes emociones medulares o de liliales conflictos neurasténicos se engañarán si piensan que las páginas que siguen—halladas por nosotros al revolver indiscretamente un montón de papelotes olvidados—son algo más que una historia vulgar. Sencilla y vulgar como un juicio de faltas.

En su fondo hay, empero, una filosofía desolada y amarga. Y entre el burlón erotismo de la fábula, encantadoramente libre, asoma una enseñanza digna de ser difundida, para lección de propios y extraños.

He aquí el porqué de que nosotros no hayamos resistido a la tentación de publicar este Diario.

... ...

... ...

4 febrero 1924.

La señora de compañía me ha dicho que mi conquista — ¡Dios lo quiera! — se llama Consuelo. Que vive con sus tíos, viejecitos plácidos y adinerados. Que tiene novio. Y que se va a casar muy pronto. Este último dato me desconcierta.

La encontré esta mañana a la salida de misa de doce de las Calatravas. Ha venido timándose conmigo todo el camino. La pobrecita es, sencillamente, bíblica. Alrededor de los diez y ocho. Morena. Ondulante. Apretada... Dos ojazos negros así de grandes, y un adorable gesto de truhán en la boca encendida y carnosa. La orfebrería de su señor padre debió ser un establecimiento muy serio.

Y por encima de su belleza flexible de flor de loto, hay en ella un algo de provocativa sugestión que le sienta como para ponerla un piso. Sus maneras dicen de colegio



de Sacré Coeur, y, sin embargo, tiene un no sé qué de perverso, que inflama. Cuando mira, dijérase que lo hace con la serena indiferencia de una esfinge hierática y, al mismo tiempo, con la fruición morbosa de una de esas mujeres malas que fuman en las esquinas y chistan a los hombres.

Lo indudable es que me gusta un trimestre, y que yo no debo parecerle mal, a pesar de lo del novio. Al entrar en el portal, se ha vuelto repetidamente. Y luego, tras los visillos del balcón, ha contestado con un mohín delicioso a mi saludo. La aventura no puede comenzar mejor.

5 febrero.

Después de una larga interviú con lo que me queda de conciencia, he acordado dejarme de lios y no insistir cerca de la señorita de las Calatravas. No estoy, por ningún concepto, en situación de enamorar damiselas. Hay que ser honrado de cuando en cuando.

6 febrero.

Me aburro a placer. He pasado la tarde escuchando las procacidades de Julia, la risa canalla de Trinidad y la alegría imbécil y ruidosa del racimo de cretinos a quienes hago el honor de llamar mis amigos. Estoy harto de *cabaret*, de peripatéticas fáciles, de *cock-tails* nauseabundos, de música ramplona, de todo... Estoy harto de todo.

Me ha faltado un adarme para armarla con el idiota de Narciso, que ha venido a preguntarme si me molestaba que bailase con Lolín. Luego he tarifado también con ella. Me cansan sus halagos y me ponen los nervios de punta su gesto, eternamente zalamero, de cariño de perro. No valgo para estas historias.

Justo es confesar que hoy estaba guapa, soberanamente guapa. Pero es igual. Me tiene ya sin cuidado. Me hastía. No la puedo tragar. Su belleza, tan codiciada, no me ins-

pira a mí más que un rotundo sentimiento de malestar repulsivo. "Me invade, a ramalazos, un mal humor sombrío..." Estoy que no me aguanto a mí mismo. No sé qué demonios me pasa...

Es decir... Como saberlo, sí que lo sé; pero no quiero acabar de confesármelo. Me ocurre que llevo dos noches soñando truculencias apasionadas a costa de la niña de la calle de Villanueva, y que esto no puede seguir así. He intentado convencerme de que no vale la pena de hacer, a estas alturas, el cadete por una burguesita en vísperas de boda, y basta el argumento a encandilarme más y más. No puedo apartar de mí la sugestión de sus labios. Sus labios, sangrantes, prometedores, magníficos. ¡Sus labios...!

Voy a darme una ducha. Me parece que tengo fiebre.

7 febrero.

He conversado casi dos horas con Laura, la señora de compañía, y no es por alabarme, pero soy grande. He luchado con mil obstáculos y vencido mil repulgos para convencerla de que yo necesito a toda costa hablar a Consuelo. Al principio se negaba en redondo a facilitar la entrevista. Los tíos, el novio, el peligro de que se descubriera su mediación... Pero mi diplomacia sutil ha triunfado. Veré a la dueña de mis ansias, y dejaré de llamarme Carlos Hervás y de ser abogado del Estado si no consigo antes de un mes que la tortolilla caiga en mis redes de seductor profesional con clínica abierta.

Por lo pronto, he sabido ya algo que vale un imperio. Se le ha escapado a Laura decir que Consuelo—mi Consuelo—está más que interesada por mí, y que todo se la vuelve asomarse al balcón y otear la calle. He aquí un síntoma fatal.



Un billete de diez duros, galantemente ofrecido y dignamente aceptado, me procura la alianza de Laura. Sitiaré la plaza, y la plaza será mía.

9 febrero.

Desde las nueve y media—es casi la una—estoy tarareando en mi honor todos los himnos extranjeros que conozco. Soy el sultán de la buena suerte.

Acabo de dejar a Consuelo. Tengo el alma llena de la grata melodía de su voz, arrulladora como un sollozo de *violoncello*, y a mi pecho han venido para escuchar mi júbilo y tomar notas las aves canoras de los bosques, vergeles y selvas del universo entero. ¡Viva España!

Hemos estado en la Casa de Campo. Yo ignoraba la poesía del bello parque regio. Hemos corrido sus jardines, cuidados a la inglesa. Tiene razón Rusiñol cuando dice que un jardín es la Naturaleza puesta en

verso. Hemos divagado por los senderos del agreste pinar, asustando a conejos y faisanes. Hemos rendido un justo tributo de admiración a los bienaventurados pescadores de caña, que se clavan a orillas del estanque para justificar ese refrán que pone en tela de juicio la fidelidad de sus pobres compañeras cristianas. Y a la hora maga del atardecer, mientras los últimos rayos de sol doraban tibiamente las copas de los árboles, hemos urdido el prólogo de un poema de amor que va a dar mucho que hablar a los historiadores.

Al cuarto de hora de charla parecíamos amigos de siempre.

—Yo no sé—me ha dicho, arrugando el hociquillo y entornando los ojos como debió de hacerlo Friné, la cortesana, al quitarse la ropa interior en la Audiencia de Atenas—; yo no sé si hago bien o hago mal en acceder a los deseos de usted. Yo creo que hago mal

—¡Bah!

—Sí; hago mal. Estoy prometida formalmente a un hombre, y no puedo, por tanto, disponer a mi antojo de mi voluntad.



Me ha costado poco trabajo disipar sus escrúpulos. Unos escrúpulos perfectamente necios, por otra parte. Es lamentable que todas sean lo mismo en este punto, y que para satisfacer a todas haya que echar mano de los invariables lugares comunes de la retórica galante. "No se arrepienta usted nunca de haber puesto un rayo de luz en el surco inhóspito de un peregrino..." Vaya fraseci-ta, ¿eh?... Parece que me acaban de dar la jornada de ocho horas y libre el jueves por la tarde... "Estaba escrito allá arriba que habríamos de encontrarnos..." Etc., etc.

Las mujeres conceden una importancia extraordinaria a los pensamientos de almanaque. Gustan de envolver en literatura la función exclusiva de placer para que fueron inventadas, y se pirran por esponjar al contacto de un madrigal sensiblero, su vanidad de seres inferiores. Los conquistadores de profesión sabemos muy bien que tres citas de Campoamor son todavía fácil argumento para lograr una cita.

Sin poder evitarlo, yo tengo de las mujeres un concepto francamente meridional y

un tanto despectivo. Las conozco a fondo, y estoy convencido de que la Providencia las colmó de gracias físicas y a veces hasta morales, a cambio siempre de negarles el sentido común. Las mujeres—las guapas, claro está, porque las feas no cuentan para mí—carecen de inteligencia y amueblan el solar con el prestigio de sus pupilas incendiarias, de su piel satinada, de su boca excitante, de su ceceo gracioso o de su generosidad para enseñar las ligas en un reservado de merendero. No hay en la esencia de ellas más que tontería evangélica o engaño. Son malas, refinadamente malas, o son más tontas que un artículo de fondo de *El Debate*. Si salen malas, el hombre debe disponerse con toda honradez a pasar las negras cuanto ellas quieran, y tomar cinco reales de lejía cuando no pueda más. Si salen tontas, tiene el deber sagrado de vengar la memoria de los pobres románticos que buscaron en el acreditado frío de la tumba el olvido a un desdén.

La definición acabada de la mujer que dió Alfonso Daudet debiera estar de texto en las escuelas públicas. Un matrimonio pari-

sino. Ella, bonita y joven. El, apacible y digno. Cenan una noche, al regreso del teatro, en un comedor de *restaurant* elegante. Y mientras se aburren a conciencia, de los cuartos vecinos llega, ruidoso, el eco de una alegría que se ahoga en *champagne*.

De pronto, ella coge una copa, la estampa en el suelo y rompe a reír locamente.

—¿Qué te pasa?—pregunta él, asustado.

—Calla, tonto — le contesta—. Es para que crean los de al lado que nos divertimos mucho...

He aquí la mujer tal y como Jehová tuvo el capricho admirable de confeccionarla.

Naturalmente, estas filosofías no rozan para nada el entusiasmo codicioso que a mí me inspiran sus encantos. Yo acepto a las mujeres, guardándome todo lo posible de escudriñar las revueltas de su psicología complicada y absurda. Me doy por satisfecho con que se dejen abrazar. Quiero de ellas no más que la expansión fusible, y cedo a otros el menester ingrato de estudiarlas con la severidad del entomólogo que clasifica variedades de larvas. ¿Que son farsantes, y egois-

tas, y ruines, y perversas? Exacto. Pero es muy peligroso meditar sobre ello, porque el desprecio reflexivo de tan pobres miserias llevaríanos a elaborar chocolate a una trapa o, lo que es peor, nos haría refugiar nuestro afán en "distracciones de vanguardia". Y, si al margen de la farsa, y el embuste, y el egoísmo y la maldad—consustanciales a su sexo y emblemas de su espíritu—, sabe la mujer brindarnos el poema embrujado de una de esas gargantas y de dos de esos hombros en los que el arte de besar, loco, se pone el traje de los domingos para hacer encaje de bolillos; y si sabe ofrecernos la sinfonía vibradora de su carne, y el misterio opulento de sus caderas de ánfora, y lo otro, y después lo otro, y así sucesivamente, creo yo—mortal endurecido, gracias a Dios, en la práctica de todos los pecados—, que vale bien la pena de arrojar sobre aquellos defectos el tapiz indulgente del perdón.

Yo soy un trovador de la casualidad. Pido a las mujeres lo que comprendo que me pueden dar. Las quiero, las adoro, un día, una

semana, un mes... Las quiero por sí mismas, como un ingenuo, sin pararme a pensar si llevan dentro, además, la tesis de una estúpida comedia a lo Martínez Sierra. Y luego, cuando he libado en ellas la esencia imperecedera que es origen de la dicha terrena y de alguna que otra afección a la piel, facturo la mandolina en doble pequeña y me esfumo con una reverencia cortesana.

Yo soy un caballero español.

Y ésta es la teoría, invicta siempre, que pienso ahora aplicar a Consuelito. Los diez y ocho abriles de la nena son otros tantos capullos de inocencia con los que voy a hacerme una guirnalda más.

Tengo la sensación de haber triunfado en esta primera entrevista, que es, al igual de todas las entrevistas primeras, la barra procelosa donde naufragan cada día cientos de aventuras en flor. Nada, en efecto, tan lleno de peligros como estas interviús de los exordios incoherentes y las pausas largas, durante las cuales ella os diseca, mientras la contera del paraguas traza fantásticos dibujos en la tierra húmeda. Vuestros zapatos, vues-

tra camisa, el cansancio precoz de vuestros ojos, la curva incorrecta de vuestra nariz, los gemelos de vuestros puños... Todo es minuciosamente escrutado, y del examen depende muy a menudo la victoria vuestra. Hay que parecer todo lo posible lo que la víctima presunta quisiera que uno fuese. Y, sobre todo, hay que huir de los atildamientos que denuncian preparación refinada. Por regla general, las mujeres gustan poco de los hombres que acaban de salir del limpiabotas. Parodiando la frase benaventiana de que un corsé viejo ha salvado muchas virtudes. pudiera decirse que una corbata demasiado nueva ha malogrado muchos dúos.

Yo estoy satisfecho de mí mismo y hasta interesado, como no pudiera sospecharlo por esta jovencita, que no se parece en nada a las vulgares conquistas de todos los días. Es de lo más ameno que se produce en el escalafón de solteritas. Nada pedante: no, por Dios, que la pedantería en la mujer me produce horror. Me acuerdo de un rubia otoñal, guapa y atrayente como para comérsela, por la que anduve loco una temporada. Se de-

jaba querer, y el asunto estaba más claro que un día de mayo. Lo que se llama un "cocido". Pero la muy sufragista tenía el defecto espantoso de presumir de culta, y no había medio. Ibamos, a lo mejor, a la Dehesa de la Villa a solazarnos por las buenas, y me endilgaba unos cursos de botánica aplicada que se me partía el alma. Nos metíamos en un cine, y cuando me veía ya negro por dentro y por fuera, empezaba a referirme la historia de la cámara oscura desde los primeros ensayos. Total, que a la semana renuncié a la matrícula y desaparecí, convencido de que no era posible enamorarse de una mujer que en los instantes más efusivos se empeñaba en darme la impresión de estar besándole los ricillos de la nuca a don Miguel de Unamuno.

Consuelito, por fortuna, no es así. Supongo que no debe atesorar más educación que la educación de las nenas de su categoría social, que consiste en temer los tormentos del infierno, en gustar de la aproximación a todos los pecados capitales, "con tal de que no se enteren en casa", y en leer a escondi-

das librotes de esos en cuya portada una jamona de opulentas carnes juega, medio en cueros, con un doncel ojeroso, que la muerde indefectiblemente en un muslo al terminar el capítulo II.

Consuelo tiene gracia propia, sin esfuerzos ni alambicamientos. Hay en ella un algo de espíritu crítico que vale cualquier cosa, y un afán espontáneo como de despegarse de lo corriente, que sorprende y cautiva. Me ha confesado que la revienta doña Concha Espina. Que no puede con las excursiones artísticas a Toledo. Que aborrece el esperanto y que le gustan mucho los hombres de mi tipo. No cabe duda de que es muy inteligente.

Hemos charlado de mil y mil naderías, y he podido darme cuenta que piso terreno firme. Ha acogido mis insinuaciones con la risueña complacencia de quien está dispuesto a alentarlas. En este punto yo no me engaño nunca. Me bastan veinte minutos de palique y unas cuantas preguntas capciosas para saber si voy bien o voy mal. Y en la presente chapuza tengo el "pálpito" de que voy pero que muy bien.

Ya era noche cuando hemos salido de la Casa de Campo. La he cogido del brazo, y no ha opuesto, antes bien al contrario, la menor resistencia. Y así, juntos y despacito como una modistilla y un estudiante, hemos subido la Cuesta de la Vega.

—¿Va usted a dejarme que la quiera mucho, Consuelo?—he murmurado a su oído.

Por toda respuesta se ha apretado más contra mí. Un mechón de su pelo me ha hecho cosquillas en los ojos. La he sentido respirar, y me ha faltado tanto así para desvanecerme.

De pronto, en una revuelta, hemos visto cómo dos sombras desaparecían furtivamente por entre los árboles. La señora de compañía se ha asustado. Consuelito no ha podido evitar un brusco ademán involuntario, y mis labios han rozado su cuello. Seda pura.

—¡Carlos...!—ha regañado con voz queda, en la que juraría yo que temblaba un hilillo de gratitud.

Dos pasos más allá, repetición del numerito de las apariciones. He comprendido entonces de qué se trataba. Uno de los bultos



era un bravo militar. El otro, una sacerdotisa ambulante de Venus. Moneda corrientísima en aquel paraje, que viene siendo, desde tiempo inmemorial, amable hospedería de excitaciones de tránsito y abrevadero a tarifa mínima de todo género de concupiscencias.

—¿Por qué se esconden?—ha preguntado, extrañada, Consuelo.

—Amor urgente... — he respondido, por decir algo.

Hemos seguido en silencio unos minutos. Y al cabo de la pausa, como contestando a una muda interrogación, la nena se ha detenido, me ha mirado fijamente y, con acento firme, cual para que yo entendiera su valor exacto, ha pronunciado estas palabras:

—A mí no me da miedo querer hasta donde sea...

De película, ¿eh?... "A mí no me da miedo querer hasta donde sea..." Parece la divisa de una bella bandera de combate. ¡Mi madre, la que se va a armar aquí!

Hemos quedado citados para pasado mañana, por la tarde. Mañana dice que no pue-

de ser, porque va al teatro con la familia y el novio. El novio... No he querido ahondar por el momento en la cuestión; pero me ha ofrecido Consuelo que hablaremos ampliamente del asunto, garantizándome de antemano que ese caballerete la tiene sin cuidado, y que no hay motivo para que yo sienta inquietudes de ninguna especie.

Siendo así. .

10 febrero.

Se acabó lo que se daba, ea... He terminado con Lolín. He terminado para siempre. Me lo repito a mí mismo sin cesar, y lo paladeo entre dientes como si fuera un dulce. He-ter-mi-na-do-con-Lo-lín... Aquel que dijo que los momentos más felices del hombre son el de despertar por vez primera al lado de una mujer—de otra mujer—y el de decirla adiós por vez última, debería tener una estatua ecuestre en la barriada más aristocrática de la ciudad.

Me siento satisfecho cual si me hubiera quitado de encima diez arrobas de peso. El aire me parece hasta más puro, y la atmósfera más limpia, y el sol más claro, y la vida más alegre... Me encuentro en uno de esos estados de ánimo que sólo pueden comprender los que se han visto alguna vez en circunstancia análoga.

Frente a mí, sobre una butaca, yacen los despojos del idilio roto. Un pijama. Retratos. La maquinilla de afeitar. Dos expedientes de ferrocarriles que cogí en la oficina para trabajar por las noches. Un puñado de cartas. La manta eléctrica de cuando me dolió el costado... Es curioso observar el prosaísmo indecoroso en que se asientan los amores del mundo. Si en un día determinado "rifaran" todas las parejitas que se arrullan en la capital de España, y fuera dable exhibir los recuerdos devueltos por una y otra parte, podríase organizar, desde la Glorieta de Atocha al Hipódromo, una pintoresca liquidación que llevaría consigo la quiebra fulminante de las Américas del Rastro.

Como no podía menos de suceder, el pa-

quete de efectos no viene solo. Le acompaña la imprescindible epístola de reproches amargos. Una epístola que chorrea tristeza, dolor y faltas de ortografía y que, a pesar de mi escepticismo, hace vibrar en el fondo de mi alma un punto de emoción y remordimiento. Por fortuna, es sólo cosa de instantes.

"me ago cargo—*dice, al pie de la letra*—de que llo soy para ti un gugete lo mismo que ala fueza tenemos que ser pa los ombres las mugeres de mi clase que queremos a un onbre con desinteres pero te juro por mi igo—(*se refiere a un tierno mamoncillo que tuvo la amabilidad de proporcionarle, en recuerdo de una promesa de matrimonio, el bravo ciudadano que la perdió*)—que llo te querido mas que nadie y te juro que me morire de pena sin ti.

carlos llo vien se que tu no me quieres ya i que lo que dices de que me dejas por que tengo un viejo es mentira i es un petesto que la berda es que, me dejas porque quieres a otra pues tu lla saves que lo del Viejo es una cosa de por las tardes y que ha mi no me

toca i que me repulna pues tu ya sabes que lo haguanto por no serte grabosa en nada pues llo no quiero de ti nada mas que tu cariño que me a echo tan feliz y que a sido lo unico onrado de mi bida.

carlos llo conprendo que esa mujer que me Rova tu cariño i que llo se que es una niña pera desas que dicen, que se ban a la nobena i donde seban es por ai y luego las tienen que hoperrar pues llo, comprendo que es megor que llo que soi una povre muger que solo hera buena por tu cariño y aora que sera de mi pues me bolbere loca sin mi carlos.

carlos lla no te molesto mas perdoname que te aya molestado pero es que tenia que mandarte tus cosas que ai te las mando carlos las mias me aras el fabor de quemarlas todas pues no las quiero Ni quiero que se ria Dellas ninguna...—*(aquí ese vulgar adjetivo que se ve a menudo escrito en las vallas de los solares)*—i me aras tanvien el favor de mandarme el retrato grande que sali en el vaño con el cordoves—*(se trata, naturalmente, de un sombrero)*—y la gitara i lla no te molesto mas y boi a sufrir mucho.

carlos ya saves que te quiere con el corazon tu afeztisima que te quiere aunque tu la desprecias—*Lolín.*"

Voy copiando la prosa detestable—Lolín tiene las grandes condiciones para presentarse a concejal—, y no puedo impedir que un ligero tinte de melancolía ensombrezca el júbilo de la separación. Después de todo, pobre Lolín... La veo con su cara de chiquillo travieso. Veo sus ojos claros, y su gesto de fatigada perversidad—mentira, que la pobre es más infeliz que un cubo—, y la gracia hecha ritmo de su cuerpo, y sin saber por qué siento lástima de ella, y acaso también un poco de mí mismo...

Sin embargo, tarde o temprano, tenía que suceder. No íbamos a casarnos, y, por tanto... Yo no sé si la culpa será de aquel maldito tango; pero, desde luego, sé que no es mía. Es de la Vida, con mayúscula, o de la sociedad, o del pecado de nuestros mayores, o de quien sea... Lo indiscutible es que yo puedo culparme de que me gustara una tanguista, de que la tanguista me hiciera caso,

de que se lo creyera, y de que andando el tiempo y desvanecidas las ilusiones, que en mí son pura y simplemente cuestión de novedad, las circunstancias me orienten hacia rumbo distinto.

Pero me duele bastante el "siniestro", quizá por egoísta convencimiento de que Lolín, rara flor del jardín de los amores, me quiere de verdad. Y el suceso me afirma más y más en el propósito de no volver a meterme en jaleos con histéricas de *jazz-band*. Los noviazgos de *cabaret* son terribles. Tan terribles, que no sé cómo he logrado liquidar el asunto sin complicaciones.

Al principio, estas conquistas se nos muestran nimbadas de sugestivo interés. Tener por novia a la mujer a la que todos codician y a la que muchos pueden comprar para ellos solos, es algo lleno ciertamente de atractivos. Saber que esta mujer nos quiere por nosotros mismos, y se nos da, amorosa, con la ceguera y el deseo con que se dan al "novio" las mujeres malas, acaricia nuestra imbécil vanidad de machos y satisface plenamente al pequeño señor feudal—antepasado

histórico del chulo de nuestros días—que todos llevamos dentro. Queremos a la mujer por la idea de que "se la quitamos" a un puñado de gente.

Pero todas estas satisfacciones implican también grandes contrariedades. Se encanalla uno sin darse cuenta. El ambiente de amoralidad, flamenquismo, borracheras y "marcha" en que se desarrolla la farsa, termina por saturarle a uno hasta el punto de hacerle olvidar el respeto a los demás y a sí mismo. Yo recordaré siempre lo que ocurrió cuando mi primera bronca con Lolín. La habíamos armado porque falté a una cita. Nos insultamos a conciencia; y como me amenazara con ponerme los "tarros"—elegante expresión que se utiliza en Cuba para designar las excrecencias córneas anejas en muchos sitios a la dignidad de senador vitalicio—con un íntimo mío, tuve que contestarla en debida forma. Nunca lo hubiera hecho. Montó en cólera y aludió soezmente a mi buen padre. No la estrangulé porque salió corriendo. La injuria me pareció monstruosa, brutal, abominable... Y, sin embargo, al co-



rrer de los meses llegué a acostumbrarme de tal forma al procedimiento, que últimamente no podía dormir ya tranquilo ninguna noche sin haber antes oído a Lolín "comentar" un par de veces la memoria venerada del excelente ingeniero agrónomo que me dió el ser.

¿Degeneración? ¿Contagio de rufianería? ¿Sadismo? Cualquiera lo sabe...

Lo interesante es que todo ha terminado; que soy libre, y que puedo dedicarme por completo a la encantadora niña bien de la calle de Villanueva.

Lolín ha muerto. ¡Viva Consuelo!

11 febrero.

Los minutos se me hacían siglos hasta que la he visto otra vez. ¡Hija mía de mi vida, y qué rica está!

Hoy nos ha tocado plan serio. Perfectamente serio. Hemos ido al Hipódromo. Allí,

a la derecha, bajo el caserón de la Escuela de Industriales y sobre la carretera de Chamartín, hay unos jardinillos en pendiente y un quiosco de aguaduchos. El lugar es pintiparado para los discreteos y aun para coger la gripe en condiciones inmejorables.

Apenas instalados — cerveza, patatas fritas y un bocadillo doble de jamón para Laura, que deglute, la pobre, como si estuviera criando—, he puesto a debate la cuestión novio, y han comenzado las explicaciones. Conforme yo sospechaba, trátase de una sombra de enamorado. Se llama Juanito Beltrán. Es tonto de los pies a la cabeza. Sus padres y los tíos de Consuelito, parientes lejanos, mantienen relación íntima de amistad. Unos y otros están chapados a la antigua y abrigan el propósito de casar a los jóvenes. Naturalmente, Consuelo no puede ver ni en pintura al memo de Juanito, el cual, por su parte, no se muestra tampoco entusiasmado de ella. En cambio, los otros se han propuesto sacar adelante su empeño a toda costa, y no cabe duda de que habrán de conseguirlo. Consuelito se desespera ante



la idea; pero como no tiene más familia que los tíos—su padre murió en Africa cuando lo del barranco del Lobo, y a su mamá se la llevó un tifus hace cuatro años—, se ve obligada a resignarse a la fuerza y a sufrir en silencio. Claro es que se resarce preparando al novio un porvenir como para que le toreen en Vista Alegre a beneficio de la Gota de Leche. Le estará bien empleado.

Con estos antecedentes, tonto sería yo en preocuparme y en fingir celos de sainete. Consuelo me ha convencido de que Juanito Beltrán es inofensivo de punta a rabo. No pincha ni corta. Sube a la casa de la niña, y allí le miman y le adulan los tíos, mientras la sobrina no pierde ocasión de escarnecerle con toda diplomacia. Le utiliza para volver las hojas del piano, "porque es más cómodo"—dice—, y para que le haga recadillos. "Vete a buscar un taxi, Juanito, que está lloviendo..." "Que me traigas bombones, Juanito..." "Eres idiota, hijo mío: te han dado una esencia que parece agua de fregar..."

Estoy, pues, tranquilo. No obstante, he formulado algunas observaciones por el qué

dirán. Siempre es conveniente un poquito de Otelo.

—Está muy bien todo eso; pero... El cariño, nenita, es egoísta si es noble. Y cuando una mujer se le mete a uno en el alma, como tú te has metido en la mía, duele y quema pensar que otra persona tiene a todas horas aquello que quisiéramos para nosotros solos. Yo comprendo que los celos son un sentimiento ridículo y pasado de moda. Y, sin embargo, no puedo evitarlos. Te conozco de dos días, y estoy ya celoso hasta del aire que respiras.

Se ha tragado el paquete como una cordera. Me ha mirado enternecida, y su mano ha buscado instintivamente la mía.

—Así quiero yo que me quieran...—ha murmurado.

He aprovechado gustoso la ocasión para iniciar unas correctas exploraciones anatómicas por debajo del velador y pedir más cerveza. Laura se ha engullido el segundo bocadillo doble. La pobrecita debe tener un estómago como el túnel del Metro.

Y luego hemos concertado el plan a seguir. Supuesto que Juanito Beltrán no significa entre nosotros más que la Fatalidad, roma, por fortuna, y que el amo de la finca soy yo, no hay inconveniente en llegar a un arreglo. Consuelo procurará rehuír todo lo posible a su prometido oficial, y me dedicará, por lo menos, tanto tiempo como a él. En justicia, no me puedo quejar.

Al despedirnos, y en un arranque de ternura espontánea—cuatro cañas dorada y una alemana—, Consuelo me ha dicho que, sin saber por qué, se siente atraída hacia mí por un flúido irresistible.

Pero, ¿qué las daré, Señor, que las mareo sentadas?

16 febrero.

Palco del cine.....	7,50	ptas.
A Laura, por dormirse.....	10	"
Bombones	4,50	"
Al acomodador, para que no se fije en el forro de la cortina	2	"
Guantes nuevos (que compraré mañana) para Consuelito ...	20	"
Total.....	44	ptas.



La educación refinada de esta mujercita encantadora se revela hasta en los menores detalles.

18 febrero.

Un pintoresco tipo, don Cosme, el tío de Consuelo. A cada paso tropieza uno en la vida con ciudadanos perfectamente locos, que andan sueltos por una tolerancia inexplicable de las autoridades. Don Cosme debería estar atado desde hace mucho tiempo. Su cerebro no rige. Es una lástima, pero no rige.

Y lo malo no es que don Cosme sea un caso definido de perturbación manicomiable. No. Lo doloroso es que inferne la existencia de los que le rodean, y que por su culpa sufra y llore la reina de mi amor. A esto no hay derecho.

Hoy estaba triste la pobre. Muy triste. Sus esfuerzos por disimularlo eran inútiles. Adivinábase en ella un gran disgusto y un

hondo abatimiento. La he preguntado varias veces. Negaba. He insistido. Seguía negando. He rogado y exigido en todos los tonos que me contara lo que la ocurría. Negaba siempre.

—Nada, tonto... Te aseguro que no me pasa nada.

En punto a terquedad, juro que la histórica borriquilla de Balaam fué una segunda tiple al lado de mi amada.

Por fin, después de una escena en la que no me ha faltado más que pegarla, ha hecho unos pucheros y se ha decidido a confesar la causa de su pena: don Cosme. Don Cosme, que no la deja vivir. Don Cosme, grotesco y maniático, que se ha propuesto que no tengan hora tranquila ni momento en paz la tía, la sobrina, los criados, el portero y hasta el mismo lucero del alba.

Don Cosme es un enfermo de verdadero peligro. Su dolencia, catalogada en los tratados de Medicina, merecería cristiana piedad si las consecuencias no fueran tan lamentables para los que le aguantan. Don Cosme tiene un vicio depravado y abyecto.

Me lo ha dicho Consuelito, entre rubores de vergüenza. Un vicio solitario que no se concibe habiendo por ahí tanta y tanta mujer guapa con quien pasar el rato. Un vicio miserable que puede hallar, quizá, disculpa en un chicuelo precoz; pero que no logra justificación ni excusa en un hombrón como una fortaleza. Un absurdo vicio ruin que es causa del desequilibrio enorme de su sistema nervioso.

Don Cosme es coleccionista de sellos.

Y como el desventurado se dedica por completo al cultivo de la nefanda aberración, cada incidencia de ella supone un argumento de tragedia para la familia. Si le pisan un "verde reuma", poco frecuente en los albums, hay un escándalo en la casa. Si se le escapa un "heliotropo" de las colonias de cualquier país en cualquier sitio, hace temblar la bóveda celeste en fuerza de imprecaciones desesperadas. Si, por el contrario, la suerte le depara el hallazgo de un "único"—a lo mejor más conocido y vulgar que la tarara—, alborota el barrio con su júbilo de alienado y se entrega a inverosímiles trans-

portes extravagantes. Por defecto o por exceso, la cuestión es que no hay quien le resista.

Ahora parece que el hombre está de malas. Le sucede lo más horrible que puede sucederle a un filatélico. Se le ha perdido una de las joyas de la colección. Un raro sello de la República Dominicana, emitido en mil ochocientos no sé cuántos para conmemorar el aniversario de no sé quién. Hay pocos ejemplares en el planeta, y los felices mortales que poseen uno son mirados con envidia por el resto de la cofradía.

Se concibe, pues, que don Cosme sintiera por su sello un amor de eclesiástico en celo. Me ha contado Consuelito que todas las tardes, todas, al terminar el almuerzo, se encierra don Cosme con doble llave en su despacho. Del cajón más escondido del *bureau* saca los quince o veinte ejemplares "preciosos" de que es dueño. Luego requiere la lupa. Y lentamente los examina uno a uno como si no los hubiera visto nunca. Por el ojo de la cerradura le ha sorprendido muchas veces Consuelo — extático, poseído, brillantes



los ojos—acariciando a un trozo de papel sucio y minúsculo con el trémulo deleite del anciano salaz que acaricia los senos de una virgen.

Fácil es suponer la que se habrá armado al notarse la desaparición del dominicano. Consuelito no ha querido contarme más que detalles sueltos; pero se adivina por ellos la magnitud pavorosa de la catástrofe. Don Cosme, fuera de sí, ha dado el mitin. Ha revuelto los muebles de todas las habitaciones y la ropa de todos los armarios. Ha hecho levantar las esteras, y descolgar los cuadros, y desarmar la pianola, y purgar al gato, por si se hubiera tragado la reliquia jugando. Ha registrado los baúles de las domésticas y obligado a éstas a mostrarle hasta las sagradas intimidades del claustro materno. Y como las pesquisas fueran vanas—el sello lo ha perdido, seguramente, él mismo en una de sus imbéciles manipulaciones—, se ha empeñado en presentar una denuncia contra su familia en el Juzgado de guardia.

El episodio tendría gracia si no anduviera de por medio la tranquilidad de Consuelo. Anoche no comió ni durmió nadie en la casa, y el festival se ha reanudado esta mañana con estrepitosa violencia. Gritos, amenazas, frases gruesas, injurias... El demonio del neurasténico ha querido tirarse por el balcón. A la tía le ha dado un ataque. Han subido los vecinos, creyendo que había fuego. "La oca", que dicen los andróginos de los tes del Palace.

Consuelo no puede más. He intentado distraerla y quitar importancia al suceso; pero yo también estoy contagiado de pánico. Tanto, que me ha parecido excelente la idea de Laura de llevarle dos velas de a libra al Niño milagroso de la calle de Fuencarral para que nos saque del apuro. Hemos ido a prosternarnos ante la imagen y la hemos pedido que nos acorra en nuestra aflicción.

Como el Niño no se fije en el alumbrado supletorio, presiento un epílogo atroz. Uno de esos epílogos que los cantan luego en coplas y va la gente a firmar a la portería.



19 febrero.

Llego al Círculo después de almorzar, y el "botones" del teléfono me sale al paso.

—Del 3594 de Salamanca han preguntado tres veces por el señor.

Un nudo de ansiedad me atenaza la garganta.

—¿Sí? ¿Te han dado algún recado?

—Han dicho que llame el señor en seguida, que es muy urgente.

Me he precipitado en la cabina como un huracán. Y, mientras el chico, asustado de mi actitud—he debido quedarme más pálido que la aurora de un soneto—pedía el número a la Central, una horrible visión dantesca ha cruzado ante mis ojos. He visto aparecer y desvanecerse, tembloteantes y angustiadores, a don Cosme, la pianola desarmada, un cuchillo goteando sangre, la República Dominicana, Consuelo, el gato, el cementerio de San Justo, una lupa...



¡Mi santa madre, qué ratito he pasado!

Por fortuna, mis temores carecían de fundamento. Cuando me disponía a dar el pésame a quien se pusiera al aparato, la franca risa alborozada de Consuelo me ha devuelto de golpe la calma. Y en seguida, sin dejarme preguntar ni casi enterarme de nada, la vocecilla insinuante y cálida—que me hace, hasta por teléfono, el efecto de un afrodisíaco—ha cantado alegremente:

—Necesito verte, pero corriendo, corriendo... ¡Estoy contentísima, chico!... Tengo unas ganas muy grandes de besarte... Ya te contaré... Te esperamos en Goya, esquina a Velázquez. Date mucha prisa, que se va a arreglar eso esta tarde.

Y sin más explicaciones, me ha llamado guapo y ha colgado.

Diez minutos después, calle de Velázquez arriba, he participado de la fausta nueva. Laura, que está en todo y que lo sabe todo, se ha enterado de que en una tienda de la plaza de Antón Martín venden un sello idéntico al de don Cosme. Lo tienen expuesto en el escaparate desde principios de enero, y

piden por él una cantidad tan exagerada, que no ha habido todavía un coleccionista que se decida a comprarlo. Dos mil setecientas pesetas.

Consuelo me ha dado cuenta de su plan rápidamente.

—Es preciso que el sello sea nuestro antes de la noche. El tío está que se va a morir y nos va a matar a todos. No es posible prolongar más la situación. Ya que hemos tenido la suerte de encontrar el medio de solucionar el drama, hay que aprovecharla, cueste lo que cueste. ¿No te parece?

—Sí; hay que aprovecharla—he contestado.

—Yo no tengo dinero bastante — añade Consuelo—para ir ahora mismo a la tienda. Mis ahorros llegan apenas a setenta duros. Aquí los traigo. Y como es necesario completar lo que falta, vamos a llevar esto al Monte sin perder minuto.

Y uniendo la acción a la palabra, ha sacado del bolso un estuche de piel y me ha mostrado su contenido. Una pulsera, sortijas, un imperdible de rubíes y zafiros, un collar... Todo antiguo y de valor.

—¡Pero, chiquilla!...—he balbuceado.

—Son las de mamá, que haría lo mismo que yo en este caso, y que me bendecirá desde el cielo... Además, no me significa sacrificio desprenderme de ellas una temporada. Ya ves que no me las pongo... Son muy viejas... Y con no gastar mis cuartos y con lo que los tíos me den por mi cumpleaños, las volveremos a rescatar pronto, y aquí no ha pasado nada.

Dominado por un extraño malestar, he hecho instintivamente balance de mi cartera. Veinticinco fuertes duros. Ni para empezar. Y he sentido una impresión de congoja punzante como no recuerdo otra desde que me operaron la hernia.

Consuelito sigue jovialmente:

—Vamos los tres hasta la plaza de las Descalzas, y allí te esperamos nosotras mientras tú entras. Yo no entiendo de esto; pero supongo que te darán más de lo que necesitamos, porque sólo por el collar me ofrecía a mí este verano Pamplomm, el joyero de San Sebastián, una pulsera de platino y brillantitos y seiscientas cincuenta pe-

setas. Tú dejas todo en lo que sea, y en seguida salimos volando a buscar el sello. ¡Uff!... ¡Lo tranquila que voy a dormir esta noche!

Y la locuela, feliz, reía y reía...

Estoy seguro de que mi semblante reflejaba las indelebles características de la estupidez. En mi lugar hubiera querido yo ver a algunos señores de los que presumen por ahí de corridos y tal. El numerito era de abrigo. Una niña inocente, audaz y desenvuelta, que tiene dificultades familiares solubles en papel moneda. A la derecha, primer término, la neurastenia de don Cosme. Segundo término, entre nubes, la bisutería de mamá. Al fondo izquierda, el Monte de Piedad. La ventanilla del tasador. El tasador. Complicado cacharro etrusco, que posee un guardapolvos de viajero de segunda, una balanza y unos calibres clásicos y una cara tradicional de enfermo del estómago. Y, dominando desde el límite municipal del ridículo este panorama, el galán enamorado. Carece de metal sonoro, y empeña las preseas de su adorada porque le falta valor para robar la catedral de Burgos.

Naturalmente, dos segundos de reflexión me han bastado para insuflarme la idea exacta de mi deber. Un hombre con mediano concepto del decoro no podía aceptar la tercería en perspectiva, y menos tolerar que Consuelito acudiera a procedimientos de tal índole para solventar el asunto. El espectáculo de mi persona entregando a la nena la papeleta y los cuartos habría sido indigno. Sólo de pensarlo me tiño aún de rojo hasta las cejas.

He rechazado, pues, el estuche que ella me tendía y he dicho:

—Tú y Laura os vais a dar un paseo al sol, y me dejáis a mí que arregle lo demás. Son las cuatro y veinte. De siete y media a ocho me esperan ustedes donde quieran, en la chocolatería de Alcalá, por ejemplo, y de aquí a entonces no se preocupen del sello.

Y como Consuelito me mirase absorta, la he reprochado dulcemente la poca confianza que tiene en mí y lo poco en que estima mi cariño.

—¿Por qué lo dices?—ha preguntado.

La ocasión era magnífica para tirarse unas ventajillas.

—Porque cuando se quiere de verdad a alguien, se buscan solícitamente las ocasiones de compartir con él los malos ratos lo mismo que los buenos, y no se resuelve nunca sobre nada con un criterio egoísta como el tuyo. El papelito que me reservabas en esta historia parece más de mandadero que de amigo, y no me negarás que me hace muy poco favor...

Ha sacado las uñas. Se ha enfurruñado. Y me ha dicho muy seria:

—Te prohibo en redondo que te metas en lo que no te importa. Si hubiera sospechado esto, no te habría contado una sola palabra. Como comprenderás, no puedo aceptar tu ofrecimiento. Te lo agradezco muy de veras porque me demuestra que eres bueno; pero...

Claro está que no la he hecho ni pizca de caso. Me he limitado a sonreír, a darle unos cachetitos en el brazo, y a murmurar con aire de paternal autoridad:

—Ea, nena, ea... La primera obligación de una mujercita es ser razonable... A las ocho en punto nos veremos, y me consideraré feliz siéndote útil en cosa tan pequeña.

Por fin la he convencido. Y tras unas cuantas chirigotas, para que se empapara bien de que gastar dos mil setecientas pesetas en un sello es en mí una costumbre tan sin importancia como tomar el autobús de las Ventas, me he lanzado a la busca del vellocino de oro, vulgo "tela".

No las había todas conmigo, ni mucho menos, al poner de proa mi bajel pirata hacia la Puerta del Sol, norte obligado de cuantos necesitan dinero en el mundo a cualquier hora del día o de la noche. Me oscilaban ligeramente las piernas, y un vago miedo me hurgaba en el cerebro. Primero he ido al Círculo. Tres pinchazos en hueso. Nadie poseía cantidad mayor de cuarenta duros. Parece mentira el número extraordinario de pelanas que hay en este Madrid.

Luego he visitado a cinco amigos—a cinco miserables que estimaba yo dignos de aquel fraterno título—, y cinco desengaños han sido el resultado de las cinco gestiones. Pedro Valbuena—el sinvergüenza mayor del reino, podrido de dinero a fuerza de robar

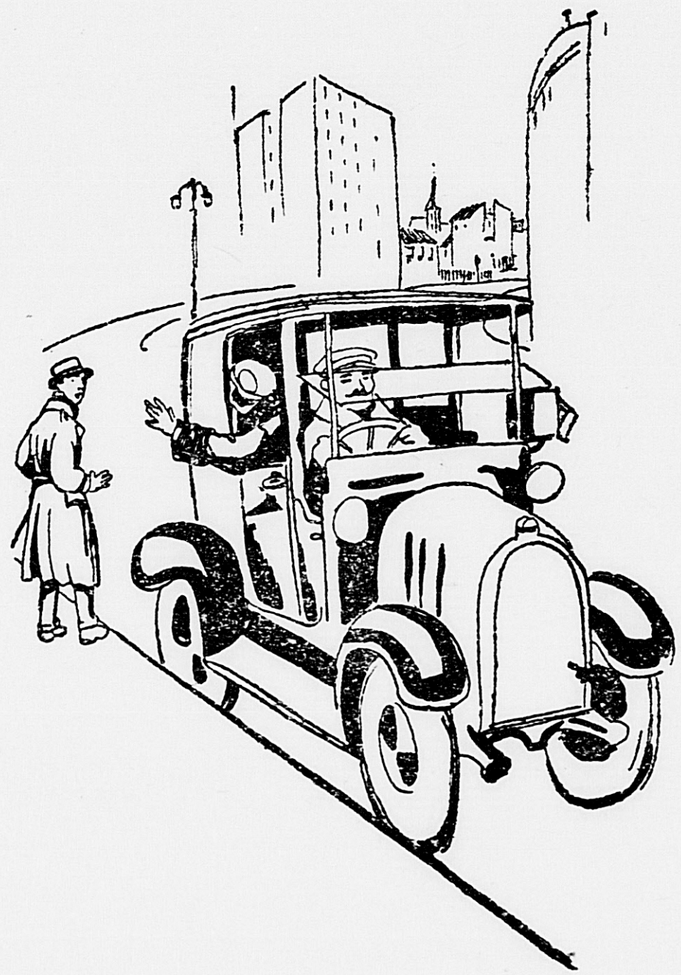
en las contratas de Obras Públicas—se ha excusado diciéndome que tiene unos gastos atroces, porque a su nene le dió por leerse las obras últimas de don Alberto Insúa, y se ha quedado medio tonto. Joaquín San Damián—un granuja de procurador, con cuya mujer ha flirteado, a sabiendas suyas, toda la generación del 98—me alegó, para no complacerme, la teoría infame de que no le gusta prestar más que cuando el que lo pide está enfermo de gravedad. Se conoce que el muy bandido goza viendo dar la Unción a sus amistades. Es un verdadero caso de perversión moral, que me recuerda el del célebre don Ricardo, bien conocido en los teatros por la protección generosa que dispensa a las damitas de conjunto, a condición únicamente de que estén embarazadas.

Antonio Marín y Pepe Lasa han esquivado también el sablazo valiéndose de pretextos vacíos. Y cuando he oído de labios de Fernando Rosales, que tantos y tantos favores me debe, la quinta negativa, he sentido como si las alas quemantes del fracaso me rozaran las mejillas. Eran las seis y media, y a las ocho cierran las tiendas.

He estado a punto de echarlo todo a rodar y abandonar la partida. Me han dado ganas de entrar en un continental y de escribir a Consuelo una carta, contándole con absoluta sinceridad lo que me pasaba. Afortunadamente, no me he atrevido a hacerlo. Ha podido más en mí el temor al ridículo. Y con paso de autómata, sin saber dónde iba ni a qué, he empezado a dar vueltas por las calles, abrumado, loco, ausente de mí mismo...

Y he aquí que ha surgido lo inesperado. Al cruzar la Gran Vía por la Red de San Luis, una mano enguantada me ha hecho repetidas señas desde el interior de un *taxi*. Pocos pasos más allá se ha detenido el coche, y en el marco de la portezuela ha aparecido el rostro aniñado de Lolín.

Mentiría si dijese que el encuentro me ha producido maldito el placer. He experimentado una viva contrariedad. ¡Para recordatorios de amor estaba una servidora! Me he acercado, pues, al auto sin disimular poco ni mucho el mal humor que disfrutaba, y he respondido fríamente al saludo cariñoso de la "interfecta".



—¡Carlos!

—Hola, guapa.

Mi brusquedad la ha herido.

—¿Es que te molesta verme? Perdóname, hombre... Si lo hubiera sabido...

—A mí no, guapísima... ¿Por qué me va a molestar? Me da lo mismo...

Ha hecho un gesto indefinible, seguido de un hondo suspiro. No sé cómo he logrado reprimirme. Una de las cosas más trágicas que pueden ocurrirle al ciudadano que desea a una mujer, es tener que aguantar los suspiros de otra dama.

Después, una pausa. La he aprovechado para constatar las mejoras que Lolín ha introducido en el establecimiento. Magnífico abrigo de *petit gris,* ropa de postín, joyas... Me ha dado rabia, sin saber por qué, y no he querido privarme de felicitarla, al tiempo que indicaba desdeñosamente los suntuosos arreos.

—El anciano, ¿eh?... Te ha puesto de primera comunión, hija... Ya ves tú si has salido ganando en el cambio...

Y mientras dos lágrimas como nueces tem-

blaban en los ojos de la bella tanguista, he iniciado un ademán de despedida.

—Bueno, jovencita, adiós... Celebraré que no te pase nada...

—¡Carlos! — ha salmodiado con su voz más doliente—. ¡No seas malo conmigo, Carlos!

Me ha divertido y me ha emocionado la humildad de la súplica. Ella lo ha notado.

—¿Tanta prisa tienes? Anda, hombre, sube, que no te voy a comer... Te llevaré hasta donde quieras...

Sonaban las siete en Gobernación. Me parecía que tocaban a muerto. La imagen de Consuelo se ha diluído en el eco de las campanadas. Y, vencido del todo, con el alma como unos zorros y en la boca el amargo sabor de la derrota, he tomado asiento maquinalmente en el *taxi*. Lolín se ha aferrado a mi brazo.

—¿Adónde vamos?

Me he encogido de hombros. La infeliz ha interpretado como un éxito suyo la abulia desesperada que me inundaba el corazón,

y ha gritado al chófer, victoriosa, las señas de su casa.

Y en seguida me ha hecho la escena del sofá. Reproches, lloros, juramentos apasionados... Que no puede vivir sin mí. Que el viejo es un tío asqueroso. Que llega, en su degeneración, a obligarla a que descifre los problemas de palabras cruzadas de todos los periódicos. Que...

Yo la escuchaba sin oírla, entretenido en ver cómo bailoteaban en el aire sus pendientes a impulsos de la vehemencia con que se producía. Y, de pronto, una idea criminal pequeñita se ha posado en mí. La he rechazado. Pero ha vuelto puesta de largo. Todo ha sido cuestión de segundos.

—Habla, hombre... Dime algo...—solicitaba Lolín.

—No... Déjame.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes algún disgusto?

—No...

—Sí. Te lo noto en la cara.

—No, mujer... Déjame...

Que sí, que no, que no me preguntes, que cuéntame lo que te pasa... Cinco minu-

tos de porfía. Y, al cabo de ellos, como observase que Lolín iba a resignarse y a no insistir, me he apresurado a confesar mi drama.

—Pues nada... Después de todo, no tiene importancia... Que me puse a jugar al *poker*, me vino la negra...

—Te están queriendo...—ha sonreído con satisfecha picardía.

—...se enredaron las cosas, perdí cien duros míos y cuatro mil pesetas de don Félix, ya sabes, el jefe de la oficina, que me las había dado para que se las ingresara en el Banco, y... Pero son tonterías que no te importan.

—¡Sigue, sigue! ¿Y qué?—ha interrogado ansiosamente.

—Pues que se han enterado, y que si no las devuelvo esta misma noche, mañana a primera hora, estoy en la cárcel.

Y he ocultado el rostro entre las manos, mientras un grito de angustia se escapaba de labios de Lolín.

El caudaloso río de su amor se ha salido de madre.

—¿A la cárcel, tú? ¿Que tú a la cárcel? ¡Quiá! ¡Es *demasiao* feo el presidente de la Audiencia *pa* echarte a ti a la cárcel! Tú no vas a presidio, porque para impedirlo estoy yo aquí. ¡Ni por cuatro mil cochinas pesetas ni por cuarenta mil duros te llevas tú un sofoco!

He protestado con una seriedad que si me ve doña María Guerrero liquida el negocio.

—No sigas por ese camino. Supongo que no me creerás capaz de...

—Tú te callas. Ahora mismito vamos a casa de Veguillas, y dejo el abrigo, y los pendientes, y las sortijas, y todo...

—¡No lo digas ni en broma!

—Ya me arreglaré yo para que el viejo no lo note. Devolverás esta noche los cuartos, aunque tenga yo que salir de la tienda con taparrabos... ¡Si tú supieras cómo te quiero, Carlos mío!

Y me ha mordido en el labio de abajo hasta hacerme sangre.

Media hora después, Lolín abandonaba la mansión del prestamista, a cuerpo y sin más

preseas que el brillo de sus ojos. Yo aguardaba en el auto, un poco avergonzado, pero feliz en el fondo, muy feliz, ante el pensamiento de rescatar lo que creía perdido. Es posible que mi conducta no sea quizá como para ingresar en la Orden de Calatrava. Mas el fin justifica los medios, y el que no quiere ser sacrificado tiene por fuerza que sacrificar. He aceptado, pues, sin demasiados aspavientos, las cuatro mil doscientas *calas* que le han dado a Lolín como producto de mi teoría filosófica. Luego he dejado a la víctima en su domicilio, con la promesa formal de ir el próximo jueves a examinar el dormitorio que le ha mercado el anciano. ¡Qué buena es la pobre, y qué cara de frío llevaba! Desde la plaza de Santo Domingo a su casa ha estornudado treinta y tantas veces. Tendría gracia que, además, me cogiera una pulmonía doble...

Acabo de enviar a Laura dos líneas de excusa para que se las entregue a Consuelito. Mañana, antes de las doce, tendrá en su poder el sello. Y ahora me voy a acostar. Me caigo a cachos. Las emociones del día me han dejado rendido.

20 febrero.

¡Ya es mío! ¡Ya se lo he mandado!

Anoche no pude pegar los ojos. Me he levantado al alba, y a las ocho estaba en Antón Martín, harto ya de danzar por ahí. Hasta las nueve no han abierto el tenducho de los *timbres-postes,* y luego me han hecho esperar un siglo a que llegara el dueño. Un tipo extraño, que se parece horrores al kronprinz, y que me ha sido altamente repulsivo, sin saber por qué. Con voz melifluа y ademanes equívocos me ha dirigido un discurso de bienvenida y ha ensalzado los méritos del dominicano.

—¡Fíjese usted qué tintas y qué primor de detalle!

He cortado en seco sus ditirambos. He pagado las dos mil setecientas y he salido corriendo. El sujeto en cuestión me ha acompañado hasta la puerta prodigándome zalemas y reverencias, con una sonrisa y unos



gestos, que parecía enteramente que se estaba choteando de mí.

Los seis mil reales que sobraban del atraco me han valido para quedar como un señorito. Una cesta de flores de treinta duros para Consuelo, y otra de cincuenta pesetas para Lolín, que se va a derretir de gusto. Un monedero muy pequeño, de oro, con cierre de perlitas, para estuche del sello. Y una sortija estupenda, que ofrezco a mi amada en recuerdo del suceso. Es un arete de platino con la inicial C en rubíes. Me ha costado quinientas. He enviado todo a las señas de Laura, porque a las de Consuelito no puedo, naturalmente, hacerlo.

Y la sangre me arde todavía como consecuencia de la tarde dulcísima de hoy. Si grandes fueron mis afanes, grande también ha sido mi victoria. La nena se me ha entregado en espíritu. Me ha dicho todas esas amorosas tonterías que dicen las mujeres cuando tienen ganas de que las pellizquen. Lo que falta es sólo ya cosa de días.

Como diluviaba, nos hemos metido en el cine. No había palcos; pero nos han acomo-

dado en sillones de arriba, de última fila, de modo que... Que me he puesto tibio.

—Pídeme lo que quieras en recompensa a tu generosidad y a tu cariño—me ha brindado.

Se lo he pedido. Se ha quedado silenciosa. Y entonces, cambiando de táctica, para no forzar la situación, y accionando cual si estuviera en mi casa, he añadido:

—Quiero esto; pero déjame que te la quite yo...

Ha accedido, encantada. Aquí, a mi lado, sobre la mesa, tengo el regalo preciosísimo. Una liga de seda negra. Una de sus ligas. Corre por ella una guirnalda de rosas de te. Huele a Consuelo. Sabe a Consuelo. Me he comido ya tres capullos. Estoy negro.

Menos mal que esta noche me espera Lolín.

21 febrero.

Mi ex tanguista ha caído en cama. ¡Todo sea por Dios! Parece que el día de la pignoración se acostó malucha—por algo me escamaban a mí los estornudos del trayecto—, y amaneció con treinta y nueve y décimas.

Además, el anciano se ha enterado, como era lógico, de la operación financiera de Veguillas; y, aunque Lolín le ha colocado un episodio chino, el siglo diez y ocho no se succiona el índice, y está que trina.

No se me oculta que el culpable moral de todo soy yo. Pero confío en que se pondrá buena en seguida, y harán pronto las paces, porque no tendría ni pizca de gracia que a cuenta de esta culpabilidad, un poco romántica, me viera precisado a amargarme la vida.

21 febrero.

No me engañaban mis presentimientos. Consuelo es la aventura galante que yo soñaba.

Me dedica ahora los martes, jueves y sábados—el resto de la semana tiene que soportar las memeces de su prometido—, y afirmo, bajo palabra, que no es posible que haya en el mundo dicha comparable a la mía. Nuestra pasión alcanza límites inverosímiles. Llega velozmente al desenlace. Yo no sé qué va a pasar aquí.

¡Amor, embriaguez de sentidos, locura, exaltación! ¡Bendito sea el que te inventó!

Salimos a las cinco de la tarde. Merendamos en un café de barrio, y trasladamos luego nuestro idilio al misterio acogedor de uno de los pocos coches de punto que quedan en Madrid. Me cuesta unos duros por sesión convencer a Laura de que debe esperarnos a las nueve en la Castellana, frente



al hotel de Romanones. La infeliz dice, muy seria, que no comprende por qué no podemos ir los tres en el vehículo. No se le cae de los labios la muletilla: "¡Qué horror, si se enteraran!" Tiene más miedo a las responsabilidades que si la fueran a instruír el expediente Picasso.

Por fin, tras de hacerme prometer por las cenizas de mis antepasados que es la última vez, nos deja en paz. Y en seguida, silencioso, discreto, propicio a los arrullos y a las intimidades, el simón, las Rondas, el extrarradio, las calles solitarias del Ensanche, la gloria...

Hemos llegado al ensayo general con todo. Ardo yo solo. Vuelvo a casa frotándome contra los faroles, como los gatos en enero contra las patas de los muebles.

27 febrero.

Ayer, en una crisis calenturienta, y después de un diálogo definitivo, la envié una carta capaz de pervertir al director general de Carabineros. Recibo su respuesta, y no me resisto a copiar de ella los siguientes párrafos, dignos de la pluma de Manón Lescaut:

"Te adoro. He hallado en ti al seductor, mezcla de poeta y de fauno, con quien sueñan las mujercitas, medrosas, al asomarse a la vida. Eres mi hombre.

Lo mismo que tú, yo siento acercarse quedamente, fatalmente, la hora suprema. Por las noches, sola—¡tan sola!—, en mi lecho de virgen, el recuerdo de tus caricias crispa mis nervios y los hace vibrar de deseo. La tía se extraña luego de encontrar bajo la almohada el cepillo de los dientes.

Para ti fué mi primer beso de amor. Para

ti serán también mis flores de azahar. Quiero darme a ti toda. Quiero que mi cuerpo sea tuyo como tuya es mi alma."

Y en este tono, dos pliegos de letra cruzada, cuya lectura me cosquillea por la columna vertebral como si a lo largo de ella me dejasen resbalar, dulce, una pluma de ave nostalgiada de suspiros nocturnos de criolla.

Se aproxima la apoteosis. La veo aproximarse. Ha pedido vía. Y la espero como esperaba Piramo a la difunta Tisbe, que en paz descanse.

1 marzo.

La doncella de Lolín viene a decirme que su señorita lleva unos días muy mala. Lo que al principio parecía un trancazo sin importancia, se ha convertido en un catarro al pecho que inspira serios temores.

La noticia me apena grandemente. Quiero a Lolín como a una buena amiga, casi como a una hija, y me hago cargo de lo

que debe estar pasando la pobre. Me pide, naturalmente, que vaya a verla. ¿Qué hago? Por un lado comprendo que tengo la obligación de ir. Pero...

Creo que vale más ponerse francamente en la realidad. No siento por Lolín atracción ninguna. Pasó lo pasado, y es inútil pretender resucitarlo. Por consiguiente, hay que rechazar todo lo que huela a sentimentalismo. Hay que ser fuerte.

No voy.

3 marzo.

Estoy borracho de felicidad. Consuelo ha sido mía.

Han pasado seis horas desde el instante venturoso, y parece que siento aún a la adorada enroscarse a mí, trémula, y decirme, por quinta vez, en un suspiro:

—Más, nene mío... Anda...

Consuelo es divina. Es única. Es la bestezuela inquietante que el marqués de Sade

imaginó para campo de deportes de su lujuria tormentosa y exquisita. ¡Ah, su carne acuciadora, perfumada, blanca! ¡Ah, su pecho erguido y menudo, pecho de colegiala y de diosa! Y su boca de animalucho sensual... Y sus ojos llenos de pecados... Tiene en los ojos dos casas de vendedoras de amor con encargada y todo.

No acierto a expresar las emociones que me invaden. No sé lo que me pasa. Lo único que sé, es que tenía que suceder, y ha sucedido. Los jueguecitos del simón no podían terminar de otro modo.

Estoy borracho de felicidad.

6 marzo.

He tenido el gusto de conocer a Juanito Beltrán, el interesante pollo que se va a casar con mi egregia querida. Me le han presentado en un entreacto de Apolo, y he disfrutado más que si hubiera fallecido el subsecretario de mi departamento.

Aún conservaban mis labios las huellas de los labios de Consuelo, y aún sentía en los músculos la laxitud paradisíaca del hartazgo sexual. Y al verme frente a frente del que ha de ser, con el tiempo, el editor de mi poema, he experimentado por vez primera la noción, plena y rotunda, del triunfo.

Haciéndome el loco, le he gastado un puñado de bromas sobre la fidelidad de las mujeres. Y al despedirme de él, y ofrecerme, muy fino, para cuanto se le ofrezca mandar, le he dicho con aire indiferente:

—Supongo que tendremos ocasión de encontrarnos de nuevo...

Y mientras Juanito Beltrán asentía, cortés, he visto dibujarse en el aire la figura de nácar de Consuelo que me tendía, impaciente, los brazos torneados...

9 marzo.

Al separarnos hoy, me ha dado un mordisco en la nariz, que me tengo que sonar por escrito. He iniciado una débil protesta, y me ha respondido que la gustaría destrozarme.

—Te voy a comer todo, chatín mío—me ha dicho.

Y, en concepto de anticipo de la merienda, me ha incrustado un puñito aquí—"aquí", en el mismísimo lugar del crimen—, y he visto las estrellas.

Será preciso que la eduque un poco en materia de efusiones, porque, la verdad...

12 marzo.

Es insaciable la fierecilla ésta. El tesoro de su avidez no aguardaba para desbordarse más que el trámite burocrático de la iniciación, y a fe que puedo estar orgulloso de mi obra. La niña le ha tomado cariño al discreto gabinete de lazos malva donde sacrificamos a Eros, lo cual quiere decir que una tarde sí y otra no se nos pierde Laura de cinco a nueve, y se me extravían a mí, por ende, los consabidos duros. La acera de San Ginés y una ocarina serán pronto conmigo, si no hacemos un alto en la tarea de cerrarnos las puertas del cielo.

Además, la voracidad calenturienta de Consuelito ha llegado a preocuparme. Alardeo de pujanza equilibrada y serena, y, sin embargo, en nueve días que llevo con ella me tomo ya a cubos las grajeas de yohimbina. Noto que me estoy dejando la médula por cuartos de kilo en los labios rojos de esta

vampiresa depravada y feroz. Sabe más que Carracido el angelito...

Yo no comprendo cómo diablos puede tener idea de tanta y tanta curiosidad malsana una doncella recién salida del gremio. Lo que afirmo bajo palabra es que los erotismos crapulosos de doña Mesalina fueron una becerrada benéfica junto a los caprichos, excelsamente paganos, de la señorita Consuelo.

Por otra parte, me aterra pensar que nuestro asiduo cambio de impresiones ponga a la chiquilla en trance de libar los acíbares de la maternidad fraudulenta. Le hablo a ella de mis temores, y me llama tonto.

Es extraña. Muy extraña. Singularmente extraña. No me chocaría ya que emplease, por intuición también, la farmacopea infanticida de una Santa Isabel de Ceres cualquiera. Las tobilleras del siglo son terribles.

13 marzo.

Hoy me he llevado un serio disgusto por una de esas insignificancias que, en ocasiones, hieren la sensibilidad de los humanos diez veces más que una desgracia de familia. Cualquiera que conozca los motivos—claro que no los referiré a nadie—, dirá que son absurdos, y tendrá razón. Pero, por lo mismo, he cogido una murria de las de real orden comunicada.

Esta mañana me ha despertado Laura con la acostumbrada carta de Consuelito. Un capítulo más que añadir a la novela interesantísima que estoy viviendo desde hace mes y medio. Otro inesperado y sorprendente giro de mi aventura, de la que es a modo de índice magnífico esta correspondencia, que guardo y catalogo casi con el amor mismo con que don Cosme guarda y cataloga sus sellos de correos. Tengo ya lo menos ochenta pliegos de lírica exaltada. Algún día pen-

saré, quizá, en ofrecérselos a un editor para que los difunda, y la literatura española me deberá entonces gratitud eterna. Todos y cada uno de ellos me hacen el efecto de jalonar un camino desconocido que se adentra por minutos, inquietador y tortuoso, en la sierra de las pequeñas orgías de la carne, y que empieza a bordear esos precipicios y barrancadas—"¡qué horror, qué locos somos!"—, en cuyas revueltas jadean, en fuerza de abrazarse, la Neurosis del sexo y el Deseo. Enunciado con mayor elegancia, si cabe, esto quiere decir que Consuelo se ha decidido a prescindir definitivamente del ondulado, y que se dispone a lanzar a galope el corcel de su extravío pasional por los campos de la impudicia (1).

---

(1) *En homenaje a la verdad, debemos hacer constar que esta afortunada frase no es original de Carlos Hervás. Antes que en su* Diario *hemos tenido el gusto de verla impresa un puñado de veces en los artículos que publica en* A B C *un ilustre maestro de periodistas, que escribe impudicia con hache para dar idea de lo escotada que va la interfecta.*—L. R. H.

Su ocurrencia última es de alivio de luto, y acusa un histerismo como para enriquecer al doctor Huertas y González del Campillo.

"Estoy envenenada de ti—dice la carta—. Soy la novicia poseída del demonio. Me abraso en el fuego que tú has encendido. Siento febriles ansias de cariño. De tu cariño. De un cariño atormentado y borrascoso que agote los placeres criminales, y haga crujir las raíces de los sentidos hasta que salten a pedazos. Yo no he nacido para ser buena. No quiero ser buena. Necesito, cueste lo que cueste, ir al infierno.

Verás... Como anoche no podía dormir de ningún modo, me entretuve en idear un programa fantástico de liviandades, que vamos a desarrollar pero que en seguida. Ya te lo explicaré al detalle. Es suntuoso y diabólico. Por lo pronto, hazme el favor de comprar un libro que hay del Aretino sobre los cuarenta y tantos procedimientos de ofender a la moral admitidos en la buena sociedad. Yo tenía un ejemplar que me dieron de premio en las Ursulinas, pero se lo llevó Chu-

chita Felguerosa cuando su viaje de bodas, y no me lo ha devuelto.

Es preciso que nos entreguemos desde hoy a las mayores enormidades nefandas. Nos emborracharemos un día de opio, y otro de morfina, y al otro de cocaína... Saciaremos nuestra sed con brebajes misteriosos y alucinantes que precipiten el vértigo de nuestra caída. Quiero ser tuya una madrugada en la puerta del Depósito Judicial. Y también un domingo, a las once, en un tranvía del Hipódromo. Quiero que me presentes a tu prima. Quiero asistir a una misa negra. Quiero beber una copita de sangre de tus sienes mezclada con vermut y hojas de mirto, como dicen que hacía con sus amantes aquella baronesa austriaca que dió tantos escándalos el año pasado. Quiero ser feliz, FELIZ, y cruzar sobre todos los códigos y todos los prejuicios para conseguir esta felicidad. Quiero, en una palabra, hundirme lentamente contigo en la ciénaga de las delicias prohibidas. En la ciénaga de la Verdad.

Para empezar, esta misma tarde vas a llevarme a una de esas posadas mercenarias,

en las que no se necesita para franquear la puerta que la dueña le venda a uno el favor con gran secreto. A uno de esos nidos públicos donde los enamorados cambian sus promesas bajo la tutela indiferente de unas Brígidas de aguafuerte de pícaros. El ambiente de tapujería recatada de nuestra habitación de Argensola me carga ya. La honestidad de la casa es francamente aborrecible. La sonrisa de hipócrita complicidad con que tu doña Eugenia finge ocultarse tras el portier del recibidor, para no verme la cara cuando entramos, me hace la impresión de un celestinaje..., ¿cómo diría yo?..., *con censura eclesiástica,* que tiene la virtud de ponerme los nervios al nueve. Y luego, aquella cama donde falleció su esposo, que en gloria esté, y aquellos bibelotes, recuerdo de Filipinas, y aquel infame cromo de su hermano, el magistrado de Teruel...

No. Lo he pensado mejor. Y ya que me he lanzado—y encantada—a cometer la más trascendental de las culpas, quiero, por lo menos, actuar en un escenario real. Quiero respirar un poco el aire encanallado de esos

antros, que en estos momentos riman tan exactamente con el concepto del pecado que alienta en mi pecho. Quiero saturarme de vicio. Quiero grabar yo también tu nombre y el mío en un espejo deslustrado, entre un jirón de verso obsceno y una fecha que fué, quizá, el prólogo de una tragedia...

Ven a las cinco. Prepáralo todo, y prepárate, castigador...

Tuya, con el alma,

Chelo.

P. D.—A Laura le ocurre una pequeña contrariedad. Por si no se atreve a hablarte, pregúntala tú. Y si eres tan rebueno que puedes resolvérsela, que Dios te lo pague."

No es porque yo lo diga, pero la cartita se las trae. Su lectura me ha dejado perplejo cerca de una hora. Ha sido como si me zambulleran en un alborotado mar de confusiones. ¿Quién cuernos le habrá contado a la niña el pormenor, clásicamente rufianesco, de los nombres en los espejos?

Comprendo que sepa que en Covadonga es costumbre dejar tarjeta en el sepulcro de don Pelayo. Pero que conozca tan a la perfección la ruin liturgia que se practica en esos antros, como ella dice, y aun sólo en los de más baja estofa, es algo verdaderamente inconcebible y que escapa al radio de las deducciones lógicas. Cada vez que pienso en ello me hago un taco.

Cierto que, después de todo, soy tonto en preocuparme. Lo sabe porque seguramente lo habrá leído por ahí en cualquier sitio, o porque se lo habrán enseñado también en las Ursulinas, o porque lo habrá cogido al vuelo en una frívola conversación de un te de Molinero. El asunto está claro. Bastante claro, aunque, por otra parte...

Total, que no lo entiendo.

En cuanto al desencadenamiento de sus posibilidades horizontales, me produce, naturalmente, inquietud, mas no me choca. Y, si he de ser franco, por una vez, con mi conciencia, tendré que confesar que hasta me halaga en el fondo. Reconozco que es "muito" peligroso el juego a que nos dejamos ir

por la cuesta abajo. Reconozco que de su programa de liviandades al sanatorio de Carabanchel no hay más que un paso. Me revienta, asimismo, unas miajas todo eso de la ciénaga y de los brebajes a base de mi sangrecita rica. Pero, en cambio, siento el orgullo de saber que soy yo el hombre que ha descubierto y canalizado el generoso manantial de una perversión de tal calibre. No se engaña Consuelo. Ella es la novicia, y yo el demonio que la empujó por la senda del mal, y que ahora se encuentra preso en las cadenas de seducción que forjó. Soy como un demonio farmacéutico que elabora un producto de propaganda y se toma luego todos los frascos. Como el batelero del Rhin, que suelta los remos y se deja fascinar por el canto dulcísimo de una Loreley sin pizca de vergüenza, a la que él mismo tuvo el honor de sacar de pila.

Y pues que, por lo visto, han tocado a hacer locuras, hagámoslas, y suceda lo que el Todopoderoso disponga en su infinita sabiduría que haya de suceder.

La contrariedad que apenaba a Laura ha

quedado resuelta, claro que con grave detrimento de mi bolsillo. Es el déficit número seis que enjugo a la doliente carabina en lo que va de marzo. El día uno resultó que no tenía bastante para pagar la casa. Noventa y tantas pesetas a mi saldo en contra, y muy agradecido, además, a que no se le haya ocurrido tomar un piso en la Avenida del Conde de Peñalver. A continuación se insinuó el compromiso ineludible de renovar las papeletas de un frac y unas ganzúas, únicos recuerdos que conserva de la época de esplendor de su marido, antiguo administrador de Rentas. Sufragué los gastos, y me enteré, con profunda sorpresa y algo de escepticismo, de que por los trajes de etiqueta dan cincuenta duros. Después surgió la coincidencia de que se aproximaba el cumpleaños de una hija que tiene en el Asilo de las Mercedes, y era natural mandarle unas ropitas y unos dulces... A la semana siguiente cayó malo el *foxterrier* hediondo con el que comparte los rigores del infortunio. Se llamó al veterinario para que salvara la vida del ser querido, y yo no sé lo que cobraría, porque a mí me

ha puesto ella una factura como si al perrito le hubiera asistido Recaséns.

Y así estamos cada lunes y cada martes. Yo me doy cuenta de que se trata, ni más ni menos, que de un caso que llena todo el pliego de condiciones del *chantage*. Pero como me encuentro cogido, y bien cogido, por Laura, y como de su discreción o de su animosidad dependen íntegros mis amores, no me queda otra salida que aceptar la estafa, sonreír amable y continuar entrampándome hasta la línea de flotación de las pupilas.

El atraco de hoy sólo ha importado treinta y dos "lucrecias". Y los argumentos que lo abonaban mostrábanse tan razonables y convincentes—que necesita ponerse un colmillo del lado izquierdo, porque sufre mucho al reírse y enseñar la mella—, que me he apresurado a satisfacer su deseo. Y en seguida me he ido a almorzar al Círculo de prisa y corriendo, y he empezado a dar vueltas a la peregrina idea de Consuelo de visitar un "antro mercenario". Por muy chiflados que los dos estemos—y lo estamos

un rato—, y por mucha y muy afilada que se manifieste la curiosidad de mi libertina ingenua, no era posible que yo accediese a llevarla, so pretexto de turismo, a uno de esos chiscones indecentes en los que se cita, para sollozar, la pobre y triste lujuria del hampa. Hay cosas que no deben intentarse siquiera. Y puesto que la nena se niega en redondo a saber nada de los refugios "bien", la cuestión concretábase a buscar un establecimiento que equidistase del chamizo y de la guarida de elegante traza. Un establecimiento que, sin perder las líneas democráticas del color local, no estuviera reñido con las conveniencias sociales y los derechos de la membrana pituitaria.

Y en el acto he recordado providencialmente la Costanilla de los Angeles, y allí me he dirigido, encantado del hallazgo. La Costanilla rememora siempre en mí gratos episodios olvidados. He hecho parar al *taxi* en la esquina de Santo Domingo, y he seguido a pie, despacito, gozándome en la tibieza de las evocaciones que la circunstancia y el lugar me sugerían.

Lo primero que he visto ha sido un sacerdote parado en el umbral, en actitud de esperar a alguien. He pensado que podía, por lo menos, haberse vestido de paisano... Y no había terminado de formularme esta reflexión, cuando mis ojos han ido a posarse, atónitos, en la gran muestra de cristal de una sastrería que campea en la fachada, a la altura del segundo piso.

He sentido como si se derrumbase el castillo de naipes de los cuentos de hadas. Me he quedado contemplando la finca con expresión perfectamente idiota. He reparado entonces en que, por si la injuria de arriba pareciera leve, han instalado abajo una tienda de pájaros. Es decir, que la bárbara invasión no ha perdonado nada, y que la casa de la Costanilla no es ya la casa de la Costanilla. Ha pasado a la Historia. Y entre sus muros beneméritos se alojan hoy, audaces, dos ocupaciones tan arbitrarias como tomar medidas y pintar de canario a los jilgueros.

La casa de la Costanilla... Para los que rendimos al madrileñismo y a la tradición culto de fieles, la madrileñísima casa de la

Costanilla sumaba en su significado bastantes más—y más hondos—valores espirituales que la Real Academia de Bellas Artes. Era la ermita laica donde la diosa recibió el incienso de miles y miles de esclarecidos hombres. La escuela ciudadana donde muchas generaciones aprendieron a venerar supersticiosamente las cápsulas de sándalo...

¿Quién habrá que no la conociese? ¿Quién que no hubiera traspuesto la penumbra de su portal en un frío anochecer de domingo—la luz de los faroles empezaba a reflejarse, lívida, en los charcos de lluvia—portando del bracero a una doméstica maciza y temblorosa? ¿Quién no amaneció allí una tarde junto a un extraño bulto, que luego, disipadas del todo las brumas del alcohol, resultaba ser "una fulana"?

En el tráfago agresivo de la ciudad, la casa de la Costanilla era como un oasis de paz y de suspiros. Su admirable situación estratégica y la simpatía de su interior—¡aquella escalera con paso de *linoleum*, y aquellos muebles que procedían de las amortizaciones de Mendizábal!—no se pagaban

con nada. Parece que lo estoy viendo... Se metía uno, primero, en el café de Varela, y allí terminaba de convencer a la parte contraria de que no debía oponerse ni un minuto más a la inocente y saludable exposición de su topografía... Y desde el café a la casa, reloj en mano, se tardaba ciento diez y ocho segundos justos.

Luego, tras la interviú sabrosa, las parejitas enfilaban, muy ligeras, Caños abajo y subían por Campomanes "para despistar". En la acera cruzaban a otros tórtolos que iban a arrullarse al mismo campanario. Y Encarnación se apretaba más contra uno, y murmuraba, blandamente desfallecida la voz:

—"Con tal que" no nos haya visto salir nadie... ¡Me da un miedo por estas calles...!

Y he aquí que la casa de la Costanilla no es ya la casa de la Costanilla. Hasta la han blanqueado...

No sé cuánto tiempo he permanecido rumiando melancolías frente al panteón de tanta nostalgia. He vuelto, meditabundo, al auto, y el chófer ha comprendido, sin duda,

lo que pasaba en mi espíritu—hay chófers muy inteligentes—, porque me ha preguntado:

—¿Pero no sabía usted que...?

Y me ha contado que hace ya dos años que la Dirección de Seguridad clausuró el gineceo, y casi otro tanto que funcionan los negocios burgueses que le sustituyeron. Lo ignoraba; pero es igual. Entiendo que se ha llevado a cabo una profanación. Si no había más remedio—y las razones no se me alcanzan—, bueno, en el límite, que las autoridades cerraran el honorable laboratorio de deslices. Pero debieron prohibir que el afán de lucro lo utilizara en lo sucesivo para fines distintos. Debieron tapiar las puertas y enterrar las llaves bajo la estatua de Isabel la Católica. Debieron, incluso, abrir un expediente de juicio contradictorio que depurase los méritos de la finca, y nombrarla después hija predilecta de Madrid. Si el solar del Hospicio va a ser declarado, según dicen por ahí, monumento nacional, creo yo que algún homenaje merecía la edificación modestísima que, durante lustros y lus-

tros, desempeñó sin desmayo la misión de antesala acreditada de aquel centro.

Pero en España somos así. Nos pasamos la vida inventando glorias pretéritas para justificar la colocación de lápidas y la acuñación de medallas de centenario, y cuando topamos con un motivo propicio a realzarnos en el extranjero, nos apresuramos a asfixiarlo y a establecer sobre sus ruinas una tienda de pájaros y una sastrería...

Por mi parte, y en este caso concreto, no le arriendo las ganancias a ninguna de las dos industrias usurpadoras. Pagarán cara su osadía. Los pajaritos adquirirán espontáneamente insospechadas dolencias terribles. Se quedarán sin plumas. Y en vez de terrones de azúcar, habrá que ponerles pastillas de permanganato potásico en los alambres de las jaulas. Y el sastre empezará, sin saber cómo, una mañana a pretender cobrar los trajes por horas, y acabará preguntando a los clientes si los pantalones son para toda la noche.

Claro que ni aunque vivieran trescientos siglos se llevarán nunca un disgusto del tamaño del que yo me he llevado por culpa

suya. La decepción me ha dejado aplanado. Se me han quitado las ganas hasta de ver a Consuelo. Me ha faltado valor para ir a buscarla. Además, no valía la pena. En el estado de ánimo en que me encontraba no hubiera sido capaz de nada. Ya la enteraré de mi drama sentimental. Después de la sobreexcitación y la alegría matutinas, el desencanto de las tres y cuarto arrugó mis nervios como cuerdas de guitarra cortadas bruscamente por traidora navaja de afeitar. Necesitaba estar solo, tonificarme al aire libre, pasear... He despedido al *taxi* y, andando, andando, he llegado a Rosales. Sonaban a lamento los pitos de la estación del Norte. Silenciosos y graves como fantasmas, desfilaban los seminaristas arrastrando los pies. Todo era triste. Me he puesto a recitar, sin querer, las obras completas de Espronceda. El campo se acribillaba de luminarias. Semejaban enteramente fuegos fatuos. He sentido frío en los huesos, y he vuelto a casa.

Y escribiendo estas páginas me hago la ilusión de que se me calma la murria. Es

cierto que el escribir mucho consuela a los que sufren. El señor Ortega y Gasset debe tener unas penas horribles. Y yo también. No logro encajarlas en una definición; pero las siento aquí adentro. Siento como si me amagara el buído estilete de una desgracia. El ave agorera de las tinieblas me está dedicando una serenata que parece que se inaugura un bazar. Hoy es martes, y trece. A mí me va a suceder algo malo. No puedo más. Me voy a la cama. Y si no fuese porque la dignidad de mi cargo de oficial primero de Hacienda no me permite dejarme arrastrar por ciertas debilidades, creo que hasta lloraría un poco esta noche.

Me ha fastidiado la Dirección de Seguridad con cerrar la casa de la Costanilla.

14 marzo.

Pasó el chubasco; pero ahora se me viene encima una galerna.

Radiograma de Consuelito recibido en esta antena a las ocho cuarenta del meridiano de Gobernación:

"Carlos:

Si te has creído que eres un pillín porque ayer me diste mico, te bañas en la dársena del error.

C."

Y nada más. Como expresivo, el despacho no tiene nada que pedir. Se conoce a la legua que no lo han puesto con tarifa de madrugada.

Me hace gracia lo chulísima que se produce la niña cuando está de monos por un mico, y resuelvo no contestarla, para que aprenda así a enfadarse. Hoy tampoco sabrá de mí.

Y como la tengo lo que se dice en el zurrón, rabiará más, hará un ratito la Catalina Bárcena y, cuando, mañana, nos veamos, estará más suave y más amorosa que una gacela en vísperas de matrimonio.

Con las mujeres hay que ser un poco flamenco de tarde en tarde, porque si no...

15 marzo.

Pues, señor... Me tiro pellizcos en los rincones más sensibles de la envoltura carnal para convencerme de que no estoy soñando, y aun así me parece que dormito. No me decido a creer lo que me pasa. Es demasiado fuerte.

A las cuatro de la tarde he tomado en Lista un tranvía para Sol. He permanecido en la plataforma dando las últimas chupadas al puro. Poco más allá, en Ayala, justamente, ha subido un sujeto, al que he reconocido en el acto por su aspecto antipático y su

parecido extraordinario con el kronprinz. Era el dueño de la tienda de sellos de la plaza de Antón Martín. Me le he quedado mirando con la curiosidad natural del que identifica a alguien, y, de pronto, un sudor frío me ha bañado las sienes.

¡El hombre aquél llevaba en el anular de la mano izquierda la sortija que yo regalé a Consuelo!

Durante unos minutos he pensado ser juguete de una ilusión de óptica. Pero no; no había duda posible... El mismo arete de platino. La misma inicial de rubíes. Me he acercado al miserable, que se atusaba distraídamente el bigote, y lo he comprobado hasta la saciedad. Quisiera haberme muerto en el acto.

El muy canalla se ha fijado también en mí. Al reconocerme, no ha podido evitar un estremecimiento. Le he visto quedarse lívido. Y luego, antes de que yo pudiera articular una sola palabra, se ha abalanzado al estribo y ha desaparecido.

Cuando me he repuesto de la sorpresa, ya era tarde. Estábamos llegando a la Cibe-

les. Me he apeado, sin embargo, y en un *taxi* he volado a casa de Consuelo, dispuesto a todo.

—La señorita—me ha explicado el portero—se ha ido a pasar el día de campo, y no volverá hasta la noche.

¿Qué es esto, cielo santo? ¿Qué quiere decir todo esto? ¿De qué misterio absurdo y criminal estoy siendo protagonista? ¿Qué relación puede haber entre la sortija de rubíes, Consuelo, el sello dominicano y el individuo que se parece al kronprinz?

16 marzo.

Ni una palabra de Consuelo. Torno a la calle de Villanueva.

—La señorita—me ha repetido el portero—marchó ayer de campo, y no sé cuándo vendrá.

Si me llega a colocar el resto del Mambrú, le rompo el alma.



—¿Pero habrá arriba alguien de su familia...?—he insistido.

—¿De qué familia, caballero?

—¿Cómo que de qué familia? ¡Pues de la suya! Su tía, su tío... ¡Alguien, vamos!

El hombre me ha mirado con los ojos muy abiertos y se ha rascado la cabeza. Después ha dicho:

—Mire, mire, señor... A mí déjeme usted de líos...

Y me ha dado en las narices con la puerta del cuchitril.

He corrido entonces como un demente a la plaza de Antón Martín en busca de la clave de la película. Y he creído que los infiernos del Dante se me alojaban en el pecho cuando he oído decir al encargado de la tienda que su principal salió anoche, con rumbo al Africa del Sur, a comprar un álbum en testamentaría.

¿Estaré, acaso, borracho, y será todo esto un delirio de alcohol?

17 marzo.

No encuentro frases para calificar a gusto la inmunda felonía. No sé. No sé nada. Una cinta roja nubla mi vista y mi cerebro.

¡Infame, perjura, malvada, pendonazo!

... ...

... ...

Faltan aquí varias páginas, acaso las más interesantes, de este cuaderno. Se advierte como si hubieran sido arrancadas con violencia. En lugar de ellas hemos encontrado unos papeles y unos trozos de carta. Los reproducimos a continuación:

... ...

... ...

"Cuanto más corridos, más tontos sois los hombres y más fácilmente se os engaña. ¿De veras no sospechaste nunca que te estaba tomando los rizos? ¿Crees tú, imbécil, que a la vuelta de cada esquina hay una virgen dispuesta a hacer la rana para satisfacer el capricho de un don Juan?"

... ...

"Para que sirva de lenitivo a tu dolor, te diré que eres el cuarto conquistador a quien vende mi amante, en lo que va de año, el sello de la República Dominicana, y el cuarto granuja que corrompe a mi hermana Laura para darse el gustazo de desnudarme a mí. Tus pesetas te ha costado."

... ...

"Por lo demás, te confesaré que no te portas mal del todo en la intimidad, y que mi temperamento... febril—¿por qué seré yo así?—te es deudor de algunos buenos ratos. No quita lo cortés a lo valiente. Y por ello siento de verdad que pueda sucederte un contratiempo como consecuencia de nuestras expansiones. La culpa la tendrá el charrán de mi "apoderado", que se me va por ahí con unas y con otras."

... ...

"Te deseo más vista en lo sucesivo, y quedo tuya siempre fiel amiga,

C.

P. D.—No te guardo rencor ninguno."

... ...

Los restantes papeles son facturas sin importancia — flores, un sostén, la consabida docena de pañuelos, etc.—y alguna que otra papeleta de empeño. Hay también un pliego con membrete de uno de nuestros más afamados especialistas en enfermedades inevitables, que dice lo siguiente:

"Dse.

Neosalvarsán Meister Lucius, un tubo de 0,15 gramos, uno de 0,30 grs., uno de 0,45 grs. y seis de 0,60 gramos.

Doctor X."

El documento da a entender bien a las claras la índole del contratiempo a que se refiere Consuelo en su atenta carta. Y la continuación del Diario, intacta, por fortuna, corrobora la hipótesis y hace pensar con espanto en la perfidia, la maldad y los microbios intrépidos que pueden, a veces, ocultarse bajo la piel de seda de una mujer.

Rezan así las páginas finales:

... ...

... ...

3 agosto.

Llevo seis días en Archena. Estoy como para cogerme con pinzas y depositarme delicadamente en el carro de la basura. Se me cae el pelo. Me tronzo de dolores. No vivo. No duermo. El médico me asegura que soy un caso tipo. Lo que soy es un desgraciado.

En mis noches pobladas de angustia, el fantasma de aquella pécora, que Dios confunda, me persigue riendo cínicamente. Zumban en mis oídos, sangrientas y afiladas, las palabras de miel:

—Tómame... Quiero que me enseñes a querer y a pecar...

¿Conque a pecar, eh?... Si yo lo llego a saber, ¡como no te hubiera enseñado a pecar tu distinguido padre!

Decididamente, los hombres somos deleznables borregos de manada. Y ellas... ¡Malditas sean ellas en diez generaciones consecutivas!

Odio a la Humanidad. Me doy asco a mí mismo. Tengo un miedo pavoroso a morirme. Todo lo veo gris. Deben ser consecuencias del aceite.

5 agosto.

Ya está aquí lo que me faltaba para apurar hasta las heces mi cáliz. Mi cáliz, que es una tinaja en la que cabe toda la cosecha de Méntrida.

Entre las cartas que me manda de Madrid el portero de casa, hay una de Lolín. Es breve, pero sustanciosa.

Dice así:

"Carlos hestoi cada bez peor lla toso sangre pura el viejo sea conpadecido demi i me manda a Juadaranah. *(Aunque esto parece a primera vista un pueblecito minero de los Andes, yo he colegido que debe ser el Sanatorio de Guadarrama.)* Pero hes lo mismo llo se que no tengo Remedio carlos si mi ca-

riño hes capaz de ispirarte un poco de recuerdo ben ha berme que quiero que me veses hantes de morirme carlos que bengas por dios que te quiero con toda mi halma que ya bes que te lo digo en trance hen que no se miente.—*Lolín.*"

¡Se muere! ¡Se me muere mi Lolín! ¡Soy el canalla más canalla de cuanto se fabrica en el mapa de España! ¡Se muere, y por mi culpa!

Quisiera correr a su lado esta misma tarde. Quisiera asistirla, pedirla perdón, arrojarme a sus plantas, recoger su último suspiro, casarme con ella *in artículo mortis*... Pero no es posible. No hay medio de que yo me presente en el Sanatorio estando como estoy. Los pobres enfermos tendrían que proveerse de cosas de esas higiénicas hasta para tomar el sol.

¿Por qué no me moriré yo también, santo Dios? ¿Qué hago ya en el mundo?

He tenido junto a mí la dicha, y la he estrangulado miserablemente. Lolín era mi felicidad. Hubiera debido quererla, adorarla,

hacer de ella la madre de mis hijos, sacarla del cieno, unir su vida a la mía... Era de sobra lista y sinvergüenza, y habría desempeñado un papel brillante en la sociedad honrada. La hubiese dignificado sin más que alquilarla un director espiritual y una pianola.

Voy a telegrafiar en seguida a Narciso González, para que me tenga al corriente de lo que ocurra. Y cuando todo haya terminado...

¿Tendré valor para cumplir mi deber? ¿Tendré valor para pegarme un tiro?

7 agosto.

El caos. Acabo de hacer las diez de últimas. Al salir esta mañana del baño me he tropezado en la puerta de la galería con Juanito Beltrán, el novio de Consuelo. Anda apoyándose trabajosamente en un bastón. Da pena verle.

Un instante, nos hemos enfrentado con

agresiva sorpresa. La sangre se me agolpaba a la cabeza. ¡Ah, el miserable! ¿De modo que él también...? ¿De modo que me estaba ilustrando el cráneo mientras yo creía...?

Me ha pasado, en una ráfaga, la idea de estrangularle. Pero, de pronto, un soplo de involuntaria fraternidad ha deshecho mi rencor. Ya no hay rivales. Ya no hay más que camaradas de infortunio. Hermanos de sufrimiento. Vestales del rito amargo de la eliminación...

Con un gesto de resignada simpatía le he tendido las manos, y Beltrán las ha estrechado suspirando melancólicamente. Hemos cambiado en voz baja doloridas frases. Me ha citado para jugar un dominó después de comer. Y hemos seguido cada cual nuestro camino, tristes, humildes, mansos...

¡La grandísima hetaira!

... ...

... ...

Hasta aquí la risueña historia lamentable, hallada por nosotros al revolver indiscretamente un montón de papelotes olvidados.

Bien fácil es pronosticar el desenlace de la

farsa. A estas horas, Consuelo y su "macarra" le estarán colocando el sellito a un nuevo trovador. Carlos Hervás habrá curado —¡que se cree él eso!—de su dolencia ingrata, y andará por ahí persiguiendo a las damas. Y el viejo de Lolín, cansado pronto, como es lógico, de proteger en balde a la enferma, seguirá buscando en la carne fresca y joven de otra tanguista el regalo de sus labios temblones.

En cuanto a Lolín, la pobre mujer mala, ingenua florecilla del pintoresco jardín de los amores, habrá muerto de tisis una tarde cualquiera...

A. VIDAL Y PLANAS

A hombros de la adversidad

Maravillosa narración, de ideas atrevidas y visiones alucinantes del siempre interesante y discutido escritor Vidal y Planas. Magnífica portada de Baldrich.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

M E N D I Z A B A L, 42

MARIANO BENLLIURE

Tipos y costumbres de hoy

Artículos, impresiones, semblanzas, crítica, todo con el estilo valiente y sincero que caracteriza al gran periodista Mariano Benlliure. Un tomo de doscientas ochenta páginas.

CUATRO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

M E N D I Z A B A L, 42

JOSE MARTI

EL LIBRO DE LOS JUICIOS

Tomo VI de las obras completas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

M E N D I Z A B A L, 42

FERNANDO MORA

LA NECESIDAD DE PECAR

Novela madrileñísima del castizo y popular autor de tantas bellas producciones. Obra maestra en su género, que consagrará definitivamente la reputación de su autor. Portada de Baldrich. Prólogo de Artemio Precioso.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

LEA USTED

El hijo legal

POR

ARTEMIO PRECIOSO

CON UN PRÓLOGO DE

W. Fernández Flórez

Contiene este volumen las siguientes novelas: El hijo legal. - La vida estéril. - El descontento. - Fémina. - Noche de luna.

CUATRO pesetas cada volumen

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

La "Editorial Atlántida"

ha puesto a la venta las siguientes obras:

Memorias galantes del señor de Brantome

Prólogo, notas y traducción de

ARTEMIO PRECIOSO

DOS PESETAS EJEMPLAR

Patria

tomo III de las obras completas del gran escritor cubano

JOSÉ MARTÍ

ordenadas y prologadas por A. GHIRALDO

CINCO PESETAS EJEMPLAR

La capa del estudiante

libro de versos por

MARIANO TOMAS

TRES PESETAS EJEMPLAR

La Editorial Atlántida

ha puesto a la venta las siguientes obras:

VOLVER A VIVIR

el hermoso drama de FELIPE SASSONE, que tan clamoroso éxito alcanzó.

Ejemplar, 3 pesetas.

Las horas del amor y de la muerte

que contiene lo más escogido entre toda la obra de magno estilista RICARDO LEÓN.

Ejemplar, 5 pesetas.

LIBERTAD

Tomo cuarto de las obras completas del gran escritor cubano JOSÉ MARTÍ, prologadas y ordenadas por ALBERTO GHIRALDO.

Ejemplar, 5 pesetas.

Pedidos a **Editorial Atlántida** y **Novela de Hoy.**

MENDIZÁBAL, 42. MADRID

La Novela de Hoy

OFICINAS: MENDIZÁBAL, 42

MADRID

APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Año..... 14 pesetas.
Semestre..... 8 —

BIBLIOTECA MADRID

EXTRANJERO

AÑO..... 22 pesetas.
Semestre..... 14 —

PORTUGAL

Año..... 16 pesetas.
Semestre..... 10 —

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pago por medio de Giro postal o sellos de correos.

PROXIMAMENTE

ROSA DE CARNE

POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada

por DEMETRIO

EDITORIAL ATLANTIDA

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.